

JÁUREGUI

◆ Pese a sus nobles propósitos, Calderón difícilmente revertirá la tendencia hacia la impopularidad.

Imagen deteriorada

MANUEL J. JÁUREGUI

El camino al infierno, como todos sabemos, está pavimentado de buenas intenciones.

El día más feliz de toda Presidencia es el día en que se toma posesión, de ahí en adelante, cada jornada transcurrida se desliza hacia la impopularidad.

El poder desgasta; el no lograr transformar las buenas intenciones en hechos concretos desgasta; cada declaración inflada desgasta; cada promesa incumplida desgasta: todo es desgaste cuando no se aterrizan los programas ni se logra combatir con hechos la pérdida de empleos y la creciente pobreza.

La administración de Felipe Calderón, que está justo en su medio término, no carece de buenas intenciones ni de buenos propósitos: la mayoría de lo planteado es loable.

Pero estas festejables metas verbalizadas no encuentran aún aterrizaje feliz en el terreno del ciudadano promedio.

Salvo en la lucha contra el narcotráfico, en la cual se han desplegado esfuerzos notables, en casi todas las demás áreas —la economía, educación, combate a la pobreza, campo, impartición de justicia, administración públi-

ca— el presente régimen le ha quedado debiendo a la sociedad mexicana.

No extraña, por tanto, que en la más reciente encuesta de opinión realizada por Grupo REFORMA, la desaprobación ciudadana del Presidente se haya disparado, del 24 al 39 por ciento en tan sólo un trimestre.

Cuatro de 10 ciudadanos ya DESAPRUEBAN al Presidente Calderón, y su calificación ha sido la más baja del sexenio, apenas un 6.3 sobre 10.

Para nosotros, la percepción ciudadana coincide plenamente con la de muchos observadores: Calderón es un buen hombre, repleto de propósitos nobles, pero que simplemente no logra resultados, y los que sí ha logrado no han sido en beneficio del ciudadano.

Crear el IETU, elevar los impuestos y cancelar la consolidación del sector empresarial han sido victorias pírricas para el Presidente y su partido, mismas que en el pecado llevan la penitencia y conforman los principales factores que han hecho caer la “popularidad” de Calderón un 16 por ciento en tres meses: de 68 a 52 por ciento.

Menuda disyuntiva representa para el PAN este fenómeno en gestación: presagia por un lado la continuación de los malos resultados electorales y, por otro, que el Presidente Calderón

ha dejado de ser un activo para el PAN y se ha convertido —igual que su dicharachero antecesor— en un pasivo considerable.

En los tres años restantes de la Presidencia vemos difícil que se revierta esta tendencia hacia la impopularidad que ha retratado la encuesta.

Por otra parte, la capacidad de enmendar no forma parte del ADN del régimen.

Más bien al revés: una de las constantes de este Gobierno es que le gusta insistir por el camino equivocado, pensando que terquearle a algo muestra “carácter”, siendo que, en realidad, darse de topes contra una pared es síntoma de insensatez, más que de fortaleza.

Es un hecho también que la impopularidad se acelera hacia el final de sexenio cuando tras repetir y repetir promesas, la gente se percata de que nada de lo que le dicen tiene la más remota posibilidad de convertirse en realidad.

Los asesores del Presidente seguramente piensan que van bien, pero la realidad demuestra todo lo contrario: el final del sexenio pinta trágico si Calderón no realiza cambios y ajustes drásticos, haciendo énfasis en lograr resultados, más que en cuidar una imagen ya muy deteriorada.

